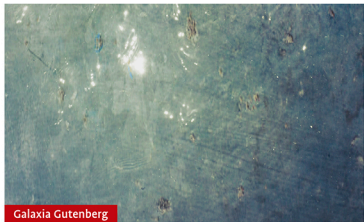




Miguel Dalmau
Las cenizas de Berta



MIGUEL DALMAU

Las cenizas de Berta

Galaxia Gutenberg



Un jurado compuesto por Manuel Vilas, como presidente, Ignacio Martínez de Pisón, Lara Moreno, Elvira Navarro, Inés Plana, Joan Tarrida, Carmen Valcárcel y Carlos Zanón concedió a esta obra el 16 de mayo de 2025 el LVI Premio Internacional de Novela «Ciudad de Barbastro», que convoca el Ayuntamiento de Barbastro

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2025

© Miguel Dalmau, 2025
La edición de este libro se ha negociado a través de
The Foreign Office Agència Literària, S.L.
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Gama, S.L.
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 15376-2025
ISBN: 979-13-87605-58-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Patricia

¿Adónde vamos? Vida, sálvanos a todos.

MALCOLM LOWRY

You can't go home again.

THOMAS WOLFE

I

El aire de un crimen

Aquella tarde que iba a cambiar su vida, el arquitecto Julio Denis se acercó hasta la orilla del río para arrojar las cenizas de su esposa. Era invierno y la playa de Sanlúcar de Barrameda estaba desierta. Había llegado la noche anterior tras un largo viaje atravesando el corazón del país. Aunque se sentía bastante cansado, le quedaban fuerzas para cumplir un encargo que se había demorado demasiado tiempo: en realidad hacía casi un año que Berta había muerto y él había sido incapaz de llevar a cabo su última voluntad. Durante ese período se refugió en su despacho madrileño preparando nuevos proyectos que lo mantenían en vela hasta la madrugada. Le costaba tanto volver a casa que se había acostumbrado a dormir en el sofá como un general napoleónico en su tienda de campaña. Todo era frágil y provisorio, sin atisbos de futuro ni esperanza.

Tras aparcar cerca del faro, salió del coche y contempló el ancho curso del Guadalquivir. En la otra orilla, los primeros fulgores del ocaso acariciaban los pinares del Coto de Doñana. Todo permanecía en calma, como un colosal diorama que avanzaba silencioso hacia el estuario. Denis respiró hondo y empezó a caminar hasta la arena. Se sentía extraño portando aquella bolsa

de Adidas con las cenizas de su mujer. Notaba la presencia de la urna en su interior como una llamada perentoria que no podía desoír. Buscaba el lugar más adecuado, el más bello, para despedir a Berta. Al principio estuvo considerando si acercarse hasta el muelle y dejar las cenizas allí, donde las voces de los pescadores la acompañaran durante el día y los latidos luminosos del faro la protegieran de la noche. Pero luego recordó que ella escondía un alma solitaria, un alma que habría preferido reposar en esa orilla interminable y desierta.

El viudo siguió caminando un buen trecho, sintiendo la brisa fría del río. Respiró. Luego se fijó en los botes de madera que languidecían como conchas gigantes varadas en la arena. Los pescadores habían pintado con esmero el nombre de alguna mujer en colores vivos: Carmen, Rocío, Lola... Pensando en ello, cayó en la cuenta de que nunca había escrito el nombre de Berta en ningún árbol ni en ninguna barca. Lo sintió. También pensó que aquellos nombres no sólo eran la huella de un amor barrido ya por la marea, sino la prueba de que el mar nos aguardaba cada día como una promesa. Una nueva luz. Pero esa nueva luz, pensó Denis, no llegaba y en todo caso lo sorprendería ya en otro lugar. ¿Dónde? Tampoco se lo había planteado. Aunque el Guadalquivir se desplegaba ante sus ojos anunciando la promesa del mar, él era incapaz de imaginarse un paisaje marino que llevara su nombre.

De pronto, un fuerte vendaval se alzó desde el estuario e irrumpió en la playa levantando enjambres de arena. Denis recibió el impacto en la cara, alfileres casi invisibles, irritantes, y se protegió con la mano. Ahora se tambaleaba con torpeza con los ojos entrecerrados, en

busca de un refugio que debía estar en alguna parte cerca del astillero. No lo encontró. Tras vagar un rato decidió ir hasta la primera línea de casas. A diferencia de Berta, no le gustaba el viento. En cierta ocasión ella le había dicho una frase inolvidable: «Cuando camino contra el viento, parece que me borra cosas. Quiero decir, cosas que quiero borrar». Pero él habría necesitado un huracán para borrar aquello que lo había traído a Sanlúcar.

Azotado por el vendaval, Denis renunció a alcanzar su objetivo y se refugió con premura en el porche de una casa abandonada. Era un viejo edificio de dos pisos, de planta cuadrangular, cuya fachada daba al río; la puerta estaba condenada por un muro de ladrillo y las ventanas tapiadas bajo unos tablones de madera podrida. Durante unos instantes intentó recobrar el aliento mientras se hacía una composición de lugar: era evidente que la tarde se había vuelto demasiado inhóspita como para despedir a su mujer en una ceremonia al aire libre. La única alternativa era regresar a casa. El «entierro» de Berta tendría que esperar a otro día, y, al pensar en ello, sintió de pronto un gran alivio. Sólo entonces cayó en la cuenta de que en el fondo aún no estaba preparado para despedirla. Aunque había hecho grandes esfuerzos para afrontar la hora del adiós, el viento le recordaba de golpe la fragilidad de su corazón. Quizá no era tan fuerte como pensaba, o quizá seguía tan enamorado de ella que le faltaba valor. En todo caso, aquel vendaval continuó azotando la playa, multiplicando su sensación de soledad.

Cada vez más inquieto, Denis permaneció atrapado en el porche incapaz de salir. No se consideraba una

persona con poderes extraordinarios. Dotado de un gran espíritu analítico, jamás había creído en fantasmas ni en aparecidos. Simplemente no se fiaba de nada que no pudiera tocar o medir. Podría haber visto al monstruo del lago Ness surgiendo de la niebla y se habría dado la vuelta tan tranquilo, convencido de que alguien estaba rodando un *spot* publicitario de *whisky*. Sin embargo, esa vez notó algo extraño, sintió algo oscuro en aquella casa. Apenas entrar en el porche, con el viento zumbándole en los oídos, tuvo la extraña impresión de que algo ominoso había sucedido allí, aunque no pudiera explicarlo en términos racionales. Cuando tiempo después tuvo noticia de ciertos hechos, su mente regresó como un relámpago a esa primera tarde de invierno junto al Guadalquivir.

Durante un rato Denis sucumbió a esa ensoñación provocada por el viento, hasta que de pronto la realidad lo golpeó en la cara. Estaba contemplando la otra orilla del río, en la parte solitaria de Doñana, cuando presencié la llegada de un coche blanco que surgía de los pinares que se alzaban junto al embarcadero. Luego una pareja salió del automóvil. En la distancia Denis sólo acertó a distinguir dos figuras que se movían contra el telón verde de los pinos. El viento tampoco le permitió ver con nitidez la secuencia completa de los hechos, pero en cierto momento le pareció ver que la pareja discutía acaloradamente. Él se acercó, ella lo rechazó. Hubo un forcejeo, al que siguió una coreografía muy violenta que culminó con aquel hombre estrangulando a la mujer. Entonces el corazón de Denis se desbocó. Lo que más le angustiaba era sentirse impotente, contemplando el drama sin poder hacer nada. Estaba paraliza-

do como en una pesadilla, sin poder gritar, sin poder huir ni pedir auxilio, con los pies hundidos en la ciénaga del miedo. En un instante la orilla tan sólida y perfilada de Doñana se transformó en un *sfumato* tembloroso donde no era fácil distinguir la realidad del sueño. La belleza del horror. Pero Denis comprendió que lo que estaba sucediendo no podía durar mucho más tiempo. Había vivido lo suficiente para saber que los dramas de la vida se desarrollan siempre hasta el final. Es como una rueda que desciende imparable por la ladera de una montaña y sólo se detiene al fondo del abismo.

El calor de los extraños

Media hora más tarde, Denis entró abrumado en el hotel Guadalquivir. Era un edificio muy alto, relativamente moderno, a medio camino del centro y otro tanto de la playa. En temporada baja el establecimiento se encontraba apenas a un tercio de su ocupación; sin embargo, solía registrar bastante actividad durante la puesta de sol, pues algunos románticos exaltados la consideraban la más bella del mundo. En efecto, la última planta del hotel permitía acceder a una amplia terraza a los cuatro vientos que era una magnífica atalaya para contemplar la ciudad, la desembocadura del río y el Coto de Doñana. En condiciones normales la terraza habría estado bastante llena, pero aquella tarde los parroquianos se habían refugiado en el bar-cafetería El camarote. Sólo una criatura confusa y cansada como Denis podía armarse de valor para salir a aquella terraza solitaria azotada por el viento.

Sin embargo, el arquitecto tenía un propósito: observar desde lo alto el escenario del crimen. Desde niño necesitaba ver para comprender. Aunque el vendaval no había cesado, las amplias mamparas de vidrio amortiguaban el fuerte viento y pudo acercarse hasta la baranda tras sortear varias mesas vacías. Denis tuvo la suerte,

además, de encontrar allí uno de esos catalejos que permiten contemplar el panorama. Tras colocar una moneda en la ranura, orientó el cilindro de metal hacia la orilla del coto. Enseguida consiguió fijar el objetivo en su único punto de referencia: la explanada frente a los pinares cercanos al embarcadero. Lo primero que advirtió Denis es que el coche blanco había desaparecido; tampoco vio el menor rastro de la pareja. Pese a esas evidencias, hizo un esfuerzo por enfocar con precisión el tramo de orilla donde había creído ver a un hombre estrangulando a una mujer. Nada. Pero mientras barría el campo visual, una figura irrumpió en la escena. Denis ajustó al máximo el dial del catalejo y descubrió a una mujer que parecía tomar fotografías. Lo invadió una nueva curiosidad: ¿quién era? ¿Qué estaba viendo ella a través de la cámara? ¿Acaso el cuerpo de una víctima que él no podía ver? Ahora todo sucedía como una película de cine mudo, salvo por el viento que seguía soplando sobre el río. Sí. Aquel viento lo desfiguraba todo como un cuadro fantasmal, hasta el punto de que la escena fue adquiriendo los contornos evanescentes de los espejismos.

Denis apartó la vista del catalejo. No tenía sentido seguir mirando un cuadro que se desvanecía con las penúltimas luces. Además el ruido del viento le estaba provocando un gran desasosiego: era algo que no guardaba relación con la incomodidad sino con su deplorable estado de ánimo. Frío, ansiedad, incertidumbre. Necesitaba una copa cuanto antes, pero lo tenía prohibido por su médico. Abandonó la terraza tambaleándose y entró en la cafetería. La gente seguía refugiada en el salón —al amparo de tazas humeantes—, y tuvo la impresión de que todas las miradas se clavaban en él. Alto,

delgado, el abrigo azul marino. Seguramente lo veían como un loco. Ese loco pasó entre las mesas en dirección al sanctasanctórum de El camarote. En realidad, se trataba de una pequeña barra de madera con un par de taburetes orientados al ventanal que daba al río. Aquella disposición era un acierto, porque el cliente no debía enfrentarse al panorama habitual –el camarero de uniforme blanco y un muro de botellas–, sino a un lienzo transparente que se desplegaba ante los ojos en toda su maravilla. Denis no había visto nada igual y tomó asiento. Buscó en vano al camarero y esperó. Estaba sentado en la barra, contemplando en éxtasis el Guadalquivir, cuando una voz varonil, melodiosa y bien temperada interrumpió sus ensoñaciones:

–Mirar el río hecho de tiempo y agua
y recordar que el tiempo es otro río,
saber que nos perdemos como el río
y que los rostros pasan como el agua.

Denis permaneció inmóvil, porque creía que el desconocido estaba dirigiéndose a otra persona. Se limitó a seguir mirando a través del ventanal como quien espera la noche. Pero cuando oyó decir al otro «El ocaso es nuestro destino», tuvo que reconocer que aquella voz era especial y volvió la cabeza. Sólo entonces pudo ver al hombre con claridad. Era mayor que él. Debía de tener unos cincuenta años: calvo, tez morena, nariz aguileña, labios gruesos y ojos azules; como detalle inusual, lucía barba entrecana en forma de perilla. Denis observó que iba impecablemente vestido, con un fular de seda en el cuello, como si aguardara una cita de amor.

–Francisco Larios –dijo el hombre, estrechándole la mano–. Paco para los amigos.

Denis se fijó en su dedo meñique, donde refulgía un gran anillo de sello en cuya placa de oro estaban repujadas las letras «F. L.». Aunque no se sentía con humor, se presentó y esbozó una tímida sonrisa.

–Usted no es de aquí, ¿verdad? –preguntó el desconocido.

–Acabo de llegar...

–Yo llevo demasiado en Sanlúcar –dijo Larios–. Pero nunca me canso de ver esto. Vengo cada tarde. Me tomo mi güisquito y miro el río hasta que se pone el sol.

–Es impresionante, la verdad.

–Sí. ¿Y sabe por qué? Porque el paisaje de la otra orilla no ha cambiado en cinco mil años. Ni siquiera hay un puente para cruzar el río. Ya lo ve. ¿Qué quiere tomar? ¿Una copa?

Denis no quiso decirle que no podía mezclar el alcohol con los ansiolíticos que tomaba desde la enfermedad de Berta.

–Prefiero una infusión, gracias.

Larios hizo chasquear los dedos como si dirigiera una orquesta de *swing* y el camarero acudió volando. Mientras la infusión de menta se templaba en la taza, sometió a Denis a un pequeño interrogatorio. Era hábil. A los pocos minutos ya sabía bastante acerca de su vida en Madrid y sobre los motivos dolorosos que lo habían traído a Sanlúcar; Larios también averiguó que estaba instalado en el apartamento de un amigo en el Barrio Alto. Ahora lamentaba haber sido tan directo con un forastero que parecía muy cansado de todo. Lo que ignoraba es que parte de esa fatiga era fruto del

crimen que Denis había creído ver desde el porche de la casa abandonada. Pero aún se hallaba en estado de *shock* y no quiso confiar sus terribles impresiones a un extraño.

—Yo trabajaba de reportero en Cádiz —dijo Larios cambiando de tema—, y me mandaron aquí. Todo esto era muy distinto: la gente era más tranquila y nunca pasaba nada.

La última frase llamó la atención a Denis. ¿Qué había querido decir? En todo caso no se sentía con ánimo de preguntar ni de remover sucesos funestos. Aunque el calor humano le había hecho bien, el cansancio del viaje le estaba pasando factura. Pidió la cuenta e hizo ademán de irse. Larios se lo impidió.

—Es mi casa, Julio —dijo tuteándole—. Invito yo. Además siempre tienen problemas con el cambio. Es por el dichoso catalejo de fuera. Hay mucho lío con las monedas, ¿verdad, Juanito? —preguntó dirigiéndose al camarero.

—Sí, don Paco. Me tienen frito, sobre todo los rusos y los chinos. Me cuelan cada cosa... Suerte que ahora en invierno no hay nadie.

La charla perdió interés para Denis. Aunque Larios le había parecido un tipo agradable, tampoco se sentía de humor para prolongar el momento. Se despidió con amabilidad, tomó el ascensor y abandonó el hotel. Mientras se dirigía en coche al apartamento, reparó fugazmente en la bolsa de Adidas. Todo seguía como al principio: había pasado la tarde junto al río, buscando el lugar más adecuado para arrojar las cenizas de Berta. Luego había visto «algo» en la otra orilla —algo confuso y ominoso con el aire de un crimen—, y al final se había

refugiado en la terraza de un hotel. Pero el encargo seguía pendiente.

Ya en casa, puso un poco de música para relajarse y se sentó en el sofá. Ciertamente las cosas no habían salido como esperaba, sobre todo por la abrupta irrupción del mal en una tarde llena de tristeza. Pero desde la enfermedad de su esposa ese desajuste con la vida era algo así como su karma, su destino. En ese destino no había fecha de vuelta: lo había dispuesto todo en el estudio de Madrid para poder tomarse unas discretas vacaciones fuera de temporada. Una semana blanca, hecha de cenizas y de lágrimas. De pronto le pareció indigno que su mujer tuviera que pasar la noche dentro de aquella bolsa deportiva. Se levantó y colocó la urna sobre la repisa de la chimenea; también puso una foto de Berta en un instante de plenitud. Lo hizo ceremoniosamente, con un celo meditado y exquisito, como quien dispone los objetos preciosos en un altar. Sólo le faltaba elevar una plegaria, pero ya no le dio tiempo. Estaba tan cansado que subió a la buhardilla de madera y se derrumbó en el futón japonés, casi inconsciente, como un corredor de maratón que se desvanece en la recta final.

La intrusa

Denis solía tener el sueño ligero, pero aquella noche cayó preso en una densa malla de oscuridad. El cansancio, los somníferos, una cama nueva, lo sumieron en un pozo impermeable a toda conciencia. Luego aquel sueño abrasador, inquietante del que no lograba escapar. ¿Qué estaba soñando? A grandes rasgos se veía volando como un pájaro, que se desplazaba silencioso sobre la orilla de Doñana. Todo había pasado y estaba pasando a un tiempo: la llegada del coche, la pareja junto al río, luego la discusión, y el enfrentamiento violentísimo hasta el horror final. Pero ese «luego» no respondía a una secuencia ordenada de los hechos, sino a un magma sin orden ni concierto que sólo tenía sentido en el inconsciente de Denis.

Una vez más el sueño estaba completando la obra del día. Todo lo que había entrevisto desde la casa abandonada se iba haciendo tan real como un hecho consumado. Sólo que ese hecho consumado reunía a su antojo los elementos de la realidad hasta recrear un argumento nuevo con las tintas de lo increíble. La víctima, por ejemplo, era una joven sobrina de Berta; el coche blanco del asesino era su propio coche, y el asesino en cuestión no era otro que Juanito, el camarero del hotel. Sí, increíble.

Pero al fin y al cabo la sensación de estar atrapado por lo increíble constituye la esencia misma de los sueños. Aquel delirio sin sentido, en cambio, poseía una lógica aplastante que se mantuvo hasta la llegada de la luz.

Sin embargo, no fue la luz lo que devolvió a Denis al mundo de los vivos. Fue un golpe. A primera hora de la mañana el ruido de una puerta azotada por el viento lo sacudió, devolviéndolo a la realidad. Sobresaltado, se incorporó y trató de asimilar aquella intrusión. Se puso en pie y se asomó a la baranda de la buhardilla. Miró hacia abajo. Una mujer gruesa lo miraba desde el salón como si fuera un fantasma.

—¡Ay, la Virgen! ¡*Menúo* susto! —exclamó ella—. ¿Quién es usted?

—¿Y usted? —respondió Denis soñoliento.

—¿Yo? La asistenta del señor Alberto —repuso la mujer con orgullo.

—No me dijo nada.

—A mí tampoco. *Ná* de *ná*. Pero no me extraña. Don Alberto tiene muchas cosas en la cabeza. Lo malo es que luego me da cada sorpresa que *pa* qué. Va dejando la llave a los amigos... Y luego la Loli más *perdía* que el barco del arroz.

En ese momento Julio Denis se sintió ajeno a todo. Había sido arrancado de una pesadilla y ahora se encontraba con la pequeña pesadilla de la realidad. Un ático en una ciudad desconocida, dando explicaciones a una extraña tan atónita como él. Lo último que deseaba era entablar conversación con nadie, pero de nuevo el azar decidió la suerte. En el momento en que bajaba la escalera, la mujer emitió algo similar a un grito. Había descubierto la foto de Berta sobre la chimenea.

–Pero si es la de la tele...

–Sí –repuso Denis con un hilo de voz.

–No sabía que fuera amiga del señor Alberto.

–Mucho.

–Pobrecita, tuve un disgusto. Mírela, qué guapa. Parece la Virgen del Rocío.

Denis guardó silencio. Desde la muerte de Berta había oído cientos de frases parecidas, y cada una de ellas lo arrojaba a un extraño lugar donde convivían el orgullo y la tristeza. Aquel aluvión de elogios hacia su esposa le había supuesto una prueba extra en la elaboración del duelo. A veces tenía la impresión de ser el viudo de una santa, y no le gustaba en absoluto porque esos elogios llevaban implícito el mensaje de que él no era un santo. La mayoría de veces, sin embargo, la sonrisa fresca de Berta se imponía sobre todo lo demás y él aceptaba que el mejor regalo de la vida había sido el amor de una persona extraordinaria que era querida por todos. La mujer se acercó a la foto y entonces descubrió la urna de bronce.

–Madre mía, Loli, es que no sabes tener la boca *cerrá*. ¿Usted es el *marío*, no? Se nota. Lo siento mucho. Soy Dolores Morales, la Loli, para servirle.

–Julio Denis.

Desde niña, la Loli poseía el don de captar a las personas a golpe de vista; era algo tan natural en ella como el polvo en las alas de una mariposa. Enseguida pudo hacerse una idea cabal del hombre abrumado que acababa de bajar la escalera. Seguramente había sido bastante atractivo, aún era joven, y había llevado una existencia afortunada como en las revistas del corazón. Esto era evidente, pensó ella, pero también lo era que había recibido un duro golpe y ahora se encontraba perdido

en ningún lugar. De pronto esa certeza avivó su innato sentido de protección, el instinto maternal tan exacerbado en las mujeres del sur.

—Síéntese, señor Julio. Le preparo un café y un mollete con jamón.

El arquitecto no tuvo tiempo de reaccionar. Se limitó a obedecer como si fuera incapaz de decidir por sí mismo. La asistenta parecía atesorar la energía afectuosa de las mujeres de antaño, aquellas que sostuvieron el universo en rincones sin memoria. Mientras tomaba el desayuno tuvo que fingir interés ante la charla de la Loli. Gracias a ello, su figura se le hizo algo más cercana y familiar. Había nacido en el pueblo, le contó ella, se había enamorado de un pescador de Chipiona, se habían casado, sin hijos, y había quedado viuda a los cuarenta años. Era el punto negro de su vida. Denis tuvo que admitir que al menos tenían algo en común, una vivencia que encuadraba sus vidas con el marco negro de la pérdida.

—Mi Paco era un buen hombre, muy trabajador —dijo ella—. Todo el mundo lo quería... Yo le echo mucho en *farta*, sobre todo ahora, en invierno. Usted ya me entiende.

En efecto. Denis la comprendió perfectamente: noches largas, noches frías, a solas sin el alma más querida para darle el primer y último abrazo. Ese infierno íntimo y callado.

La asistenta siguió dibujándole trazos de su vida, hasta conformar el retrato de una persona honesta y sin importancia. Sin embargo, la Loli desprendía esa carga de calor humano que Denis tanto necesitaba, y sobre todo una energía a prueba de bomba. Aquella mañana había ido temprano al mercado; luego se había detenido

en el ático del señor Alberto, del que hablaba maravillas, y tras barrer la terraza de la buhardilla, le había preparado el desayuno. Después repasó el baño, guisó y limpió la cocina. Terminada la faena, Denis aprovechó para salir con ella de casa y bajaron juntos la noble escalera de piedra. La Loli, entretanto, seguía hablando de asuntos modestos, retazos de vida cotidiana que reflejaban su amor por los demás. Denis se dejó llevar. Había algo en aquella mujer que le levantaba el ánimo: quizá la simpatía luminosa de los andaluces que funciona como una llama de afecto que irradia calor. Pero al llegar al portón de la calle la actitud de ella cambió de golpe.

—Soy viuda, señor Julio. Usted no sabe lo que son los pueblos. En dos días me harán un traje. Como decía mi abuela: «Pobre seré, pero muy señora para mis cosas»... Así que usted por aquí y yo por allá.

Se despidieron casi furtivamente. Denis la vio desaparecer rumbo abajo por la calle Caballeros, las piernas cargadas y varicosas, la cadera tan rotunda como los hombros de Atlas, capaces de soportar el mundo sin un lamento ni una exigencia. Les recordó a las criadas de su infancia, figuras imprescindibles en el primer acto de su vida, mujeres tan hondas en su simplicidad y en su entrega que Denis no podía más que estarles profundamente agradecido. Luego pensó en Berta, en lo mucho que habrían disfrutado la una de la otra: la Loli, como loca, ante la idea de poder servir a la reina de la tele, y Berta, tan feliz de reencontrar a esas mujeres hechas de bondad y espíritu de sacrificio. Luego cayó en la cuenta de que aquellas mujeres, que eran como de la familia, iban desapareciendo del mapa, barridas por el mal viento del progreso.